bienes nacionales), caminaban hacia su saldo definitivo. Los de 1806 y 1807, fijados en setecientos treinta millones para gastos generales y en cuarenta para gastos departamentales, que con los ciento veinte de gastos de recaudación formaban un total de ochocientos noventa ó novecientos millones, no inspiraban temor alguno por lo tocante á su liquidación, especialmente continuando los ejércitos allende el Rhin pagados con las contribuciones de la Prusia. No sucedía lo mismo con las obligaciones de 1808, que se habían fijado como las de los otros años en setecientos treinta millones de gastos generales y cuarenta de gastos especiales, continuando siempre pagado el ejército del Rhin hasta el 31 de diciembre con el producto de las contribuciones de guerra. Pero si el equilibrio entre las necesidades y los recursos no se había aún roto por el aumento del gasto, iba á romperse por un movimiento retrógrado en los ingresos, hasta entonces desconocido bajo el reinado de Napoleón. No se hacía notar este movimiento ni en las contribuciones indirectas ni en el registro de hipotecas, lo cual hubiera revelado una decadencia en la prosperidad interior, sino en las aduanas y en las enajenaciones de bienes nacionales, pues la importación de los géneros exóticos había disminuído notablemente con los decretos de Milán y no faltaba fundamento para temer una diminución de veinticinco millones en este ramo de la hacienda pública; y estaba además el tesoro privado de unos quince millones con los plazos no satisfechos por los compradores de bienes nacionales y la sensible diminución de las ventas de esta especie. Últimamente, contando con un excedente prometido y no realizado en el presupuesto de 1807, que sin embargo había figurado como ingreso de tres ó cuatro millones en el de 1808; con unos cuantos millones que habían faltado para cubrir el presupuesto de correos y el de pólvoras y salitres, y con ciertos ingresos exteriores de Italia que no habían tenido efecto, el déficit total del año de 1808 que acababa de finalizar ascendía á cuarenta y siete ó cuarenta y ocho millones de francos.

Pero esto no era más que una parte de la dificultad. Las obligaciones anteriores de 1807, 1806 y 1805, podían considerarse como equilibradas con la condición de contar como valores efectivos ciertos valores que aunque saneados eran de cobro lejano: tales, por ejemplo, como el débito de los negociantes reunidos, que ascendía á diez y ocho ó diez y nueve millones; el empréstito de España, que se había supuesto de veinticinco millones y no había pasado de siete ú ocho; los depósitos consignados de Bayona, que aunque provisionales en un principio, se habían hecho permanentes como la guerra de allende el Pirineo, y por último los anticipos hechos para las tropas rusas y napolitanas, que importaban de dos á tres millones y no habían sido aún reembolsados. Estas sumas en conjunto hacían un total de unos cuarenta millones de cobranzas retrasadas, y constituían con los cuarenta y siete ó cuarenta y ocho millones que habían faltado en los ingresos de 1808 un déficit general de noventa millones poco más ó menos. Añádase á esto que para poner los diversos cuerpos en estado de llevar á cabo sus preparativos de guerra había sido preciso pagarles antes de lo que era costumbre las sumas que quedaban por satisfacer en 1808, de donde resultaba que este presupuesto era á un mismo tiempo atrasado para los ingresos y adelantado para los gastos: lo que duplicaba la dificultad actual.

Este apuro, sin embargo, no era de mucha gravedad por el momento, porque podían perfectamente remediarlo la caja de servicio y la caja del ejército. Se tendrá presente sin duda la creación de la caja de servicio ideada por Mr. Mollién, y el principio en que estaba basada. En vez de fiar al banco ó á una compañía de comerciantes el descuento de las obligaciones de los recaudadores generales, el tesoro había instituído una caja en la cual dichos recaudadores generales tenían obligación de poner sus fondos en cuanto llegaban á sus manos, aun cuando por los reglamentos no fuesen todavía deudores de ellos (1).

Pagábaseles el interés de dichos fondos hasta el día en que era debido el impuesto que representaban, y se les reembolsaba con sus obligaciones vencidas. Esta operación hacía excusado el descuento de las obligaciones; y sin embargo, como todos los años importaban éstas más de ciento veinticinco millones y no vencían hasta el cuarto ó quinto mes del año siguiente, no se habría podido evitar el descontar parte de ellas á no prestar Napoleón al tesoro en nombre de la caja del ejército ochenta y cuatro millones que había en ella depositados. De este modo la referida caja de servicio, con los anticipos que de los recaudadores generales recibía y con los ochenta y cuatro millones que acababa de tomar á préstamo, podía abstenerse de descontar los ciento veinticinco millones de obligaciones que vencían al año siguiente, y éstas, retenidas en cartera, dejaron de figurar en la plaza. Los capitalistas, no teniendo ya el recurso de estas obligaciones para emplear sus capitales, tomaban billetes de la caja de servicio, que hacían la vez de las obligaciones con mucho menos coste para el tesoro, con más orden y sobre todo con la ventaja de haber introducido entre los empleados la práctica de entregar los fondos del impuesto en el momento mismo de recibirlos. Así consiguió la caja recursos cuantiosos sin verse en el apuro de tener que hacer frente á un déficit anual de cincuenta ó de cien millones. Si había, por ejemplo, cuarenta millones de valores de cobranzas diferidas pertenecientes á los presupuestos anteriores, la caja podía suplirlos mediante cierto interés por lo que durase el anticipo; si resultaba una insuficiencia de cuarenta y ocho ó cincuenta millones en los ingresos de 1808, podía también cubrirla con sólo crear con prontitud un valor correspondiente. Así lo hizo en efecto

(1) Podrá esto parecer obscuro á los lectores que no recuerden lo que se ha manifestado en los libros precedentes, ó que sean extraños á la ciencia de hacienda. Dudarán á primera vista que pudiesen los recaudadores hacer ingresar en el tesoro fondos que aún no debían; pero esta singularidad es sólo aparente. Las contribuciones directas, que constituyen en Francia la rama principal de las rentas públicas, se satisfacen por meses, ó lo que es lo mismo por dozavas partes. Pero hay contribuyentes que pagan seis meses y hasta un año anticipados, mientras otros se retrasan en los pagos. Los recaudadores del Estado compensan los atrasos de unos con los adelantos de otros, y además se les interesa en que se verifique con exactitud la recaudación concediéndoles con el nombre de *bonificaciones* dos ó tres meses de término, lo cual constituye para ellos un goce real y positivo de intereses. Así se explina cómo podían tener en arcas fondos de que todavía no eran deudores. Estos fondos fueron los que tuvieron que aprontar en la caja de servicios mediante el interés que se les abonaba hasta el día en que realmente los debían entregar. (N. del T.)

Napoleón, mandando asignar de las fincas nacionales de Francia ó de las de Piamonte y Toscana bienes equivalentes á unos cincuenta millones, cuya enajenación, confiada á la caja de amortización y ejecutada con lentitud, cubriese la suma en que los ingresos de 1808 no correspondiesen á las previsiones del gobierno. De manera que para ocurrir al déficit del presupuesto de 1808, la caja de servicio suministraba los recursos inmediatos y los bienes nacionales de Francia y de Italia los recursos definitivos.

Fijóse el presupuesto de 1809 en la misma cantidad que los de 1808 y 1807, es decir, en setecientos treinta millones de gastos generales y cuarenta de gastos departamentales, que ascendían á ochocientos noventa con los gastos de recaudación. Pero en 1807 y 1808 las tropas de allende el Rhin habían sido pagadas por el tesoro del ejército, y era forzoso hacer lo mismo en 1809. Dejamos ya dicho que todos los gastos de nuestros ejércitos de Alemania estaban satisfechos hasta el 31 de diciembre de 1806, por lo cual había en el tesoro del ejército una existencia de cerca de trescientos millones: veinte millones producto de la guerra de Austria, y doscientos ochenta de la Prusia. Redujo después Napoleón la contribución de la Prusia á doscientos sesenta millones por intercesión del emperador Alejandro: otras rectificaciones habían hecho aumentar de valor á otros productos; con lo que el total activo del tesoro del ejército quedó definitivamente fijado en enero de 1809 en doscientos noventa y dos millones: ochenta y cuatro millones prestados al tesoro y representados por valores equivalentes en rentas, diez millones en fincas saneadas procedentes de la liquidación de los negociantes reunidos, veinticuatro millones en metálico, sesenta y cuatro millones pagaderos en 1806, ciento seis millones en 1810 y 1811, y tres ó cuatro millones prestados á diversas personas á quienes había socorrido Napoleón. Todos estos eran valores, ya impuestos, ya líquidos, ya próximamente cobrables. Los veinticuatro millones en metálico ó en cobranza, unidos á los sesenta y cuatro millones que vencían en 1809, constituían un recurso inmediato de ochenta y ocho millones, con respecto al cual había tomado ya Napoleón ciertas medidas. Había dado últimamente cuatro millones en gratificaciones á ciertos cuerpos; había pagado un millón á las ciudades que más se habían esmerado en festejar al ejército; había prestado ochocientos mil francos á la ciudad de Burdeos, dos millones quinientos mil á los propietarios de viñedos del Gironda, ocho millones á la ciudad de París y un millón á la Universidad. Había además destinado un millón al fomento de las expediciones marítimas, diez millones á la adquisición del canal del Mediodía, doce millones á la compra de títulos de la deuda para sostener su valor, y por último otras cantidades menores á la fundación de pensiones en los liceos. La mayor parte de estas inversiones eran excelente empleo, pues al mismo tiempo que se favorecía con ellas á los establecimientos mencionados ó al crédito del tesoro, permitían dotar á los individuos del ejército á quienes quería Napoleón recompensar. Sin embargo, los recursos del actual año quedaban por ellas reducidos á unos cincuenta millones; verdad es que no se necesitaba más para cubrir las necesidades inmediatas de la guerra. Pero habiendo de seguir pagadas por el tesoro del ejército las tropas que se hallaban en Alemania, necesitaba Napoleón, para no ocasionar un déficit en el presupuesto de 1809, que tenía la suficiente carga con atender á los ejércitos de España y de Italia, sesenta y siete millones para el año actual, á cobrar del modo siguiente: veintidós millones sobre los vastos almacenes que nos habían quedado y cincuenta y cinco millones sobre los valores en metálico. Contentóse en tomar lo puramente necesario para mantener tres meses al ejército del Rhin, que exigía cerca de veinte millones, y se limitó á sacarlos inmediatamente del tesoro del ejército, calculando que serían muy suficientes para atender con amplitud á todas las necesidades, unidos á las cantidades anticipadas sobre el presupuesto ordinario á los diversos cuerpos. Creía Napoleón que en los primeros meses del año 1809 ocuparían sus tropas el territorio enemigo, donde podrían vivir con holgura y de balde, y que la victoria volvería á franquearle la fuente de las contribuciones de guerra, resarciendo superabundantemente el tesoro del ejército los sacrificios que se veía en la precisión de imponerle. De los doce millones de títulos (valor capital) que acababa de comprar, distribuyó inmediatamente siete millones entre sus generales para proporcionarles alguna satisfacción antes de conducirlos de nuevo á la muerte.

Así, pues, en el presupuesto de 1808, según acabamos de manifestar, iba á compensarse la reducción de los ingresos con el producto de las ventas de bienes nacionales; el de 1809 iba, como los precedentes, á declinar sobre el tesoro del ejército el gasto de las tropas de Alemania; y por lo tocante á los gastos corrientes, la caja de servicio, que gozaba del mayor crédito, y la caja del ejército, en que iba incesantemente ingresando el producto de las contribuciones de guerra, iban á cubrirlos al punto mientras se realizaban los valores creados. Pero si bien no se insinuaba todavía la penuria, el término de los recursos ya empezaba á entreverse y era tiempo de suspender toda nueva empresa si no se quería acabar con la hacienda y con el ejército. Así lo entendía el mismo Napoleón, porque mientras suspendía el llevar á cabo el empréstito concedido á la España y cedía á su hermano por único recurso el producto de las lanas confiscadas en Castilla y cierta suma de alhajas convertida en moneda, interrumpía la compra de títulos que se había efectuado desde agosto hasta diciembre de 1808 con intención de sostener el cambio.

Habíanse comprado ciento diez y seis millones de francos, diez por cuenta del Banco, once para la caja de servicio y veinticinco para la caja de amortización (la cual compraba también en nombre del ejército). Además de estas sumas, el Banco había ya adquirido para sí diez y seis millones, con lo que ascendían á sesenta y dos millones las compras del año actual: suma enorme si se compara con el total de rentas inscritas en el gran libro, que era de cincuenta y seis millones en 1809 por novecientos millones de capital. Todo este esfuerzo había sido necesario para sostener la renta en el tipo de ochenta por ciento, contrarrestando la influencia de los negocios de España; tipo que el mismo Napoleón llamaba normal bajo su reinado: confesión un tanto bochornosa, porque después de la paz de Tilsit y antes de los sucesos de Bayona había subido el tipo á noventa y cuatro por ciento. En enero de 1809, de resultas del

nuevo golpe dado al crédito por los acontecimientos de Austria, y de continuar todavía con fuerza la tendencia á la baja, no quiso Napoleón cercenar sus recursos disponibles para cortar un descrédito que ya no era imputable á la guerra de España, sino á la de Austria. El mal efecto en su opinión debía recaer sobre aquellas potencias perjuras que cuando se veían vencidas le brindaban con la paz, y no bien recobradas de su derrota volvían á hacerle la guerra. Pero se engañaba: de modo que tan responsable era del descrédito actual que ya no quería combatir, como del antiguo que había sabido contener á fuerza de dinero. Su justificación más cumplida podía ser la victoria, y él por su parte nada en verdad omitió para obtenerla; porque según acabamos de referir, los reclutas afluían á los depósitos, los nuevos cuadros se iban organizando y los principales ejércitos avanzaban por sí mismos hacia el Alto Palatinado, la Baviera y el Friul para forzar al Austria á tener prudencia si de las amenazas pasaba á los hechos.

Desgraciadamente estaba esta potencia demasiado comprometida para retroceder. No podía consolarse de haber perdido en los quince años transcurridos desde 1792 á 1806 los Países-Bajos, las posesiones imperiales de Suabia, el Milanés, los Estados venecianos, el Tirol, la Dalmacia, y por último hasta la misma corona imperial. Tal vez si el mundo hubiese tomado una base fija, como en 1713 después del tratado de Utrecht y en 1815 después del tratado de Viena, tal vez entonces ante la inmovilidad general se habría sometido á la ley de la necesidad; pero como Napoleón no cesaba de exponer diariamente á nuevos azares la suerte de la Europa y su propia suerte, no podía ella menos de estremecerse á cada novedad que se presentaba; y aunque fuese una corte oligárquica de poca comunicación con sus pueblos, puede decirse que no experimentaba emoción alguna sin que la nación austriaca participase de ella, porque nunca los pueblos, cualquiera que sea la forma de las instituciones que los rigen, pueden permanecer indiferentes á la suerte de sus gobiernos. No es menester que posean instituciones liberales para tener orgullo y ambición. Por esta causa cuando Napoleón, atropellando á la Prusia para meterse en Polonia, dejó á sus espaldas medio continente, al punto el Austria trató de aprovechar la ocasión para saltearle por el lado flaco. Pero era esta resolución de tanta gravedad, quedaba tanto que hacer para reconstituir los ejércitos austriacos, y estuvo Napoleón tan avisado, que la ocasión huyó en cuanto se dejó entrever, y la corte de Viena despechada manifestó su desesperación así en sus actos como en su lenguaje. Aquella primera ocasión ofrecida por la fortuna y malograda por las fluctuaciones de la prudencia, trajo consigo el desconcepto universal de los hombres juiciosos, acusados de perder todas las buenas ocasiones de sacar partido. Fué necesario entonces que Napoleón restituyese al Austria la posesión de Braunau para que se aplacase un instante. Aplacóse en efecto por algunos meses, desde fines de 1807 hasta principios de 1808, viendo á Napoleón dar nuevo rumbo á su incesante actividad, unirse con él la Rusia, y á la Inglaterra dar motivos de queja á la Europa entera por la bárbara expedición de Copenhague; calmóse, y hasta llegó á intimar á esta última potencia que era preciso, al menos por algún tiempo, que permaneciese sosegada. Pero esta resignación duró muy poco: el atentado cometido con la corona de España despertó todas sus pasiones. Había estado poseída de una indignación sincera, y hacía alarde de ella con tanta mayor jactancia por cuanto Napoleón parecía por la primera vez embarazado. El repentino regreso de éste en agosto último después de los sucesos de Bayona, sus bruscas interpelaciones á Mr. de Metternich, su intimidad con el emperador de Rusia en Erfurt, contuvieron pero no aplacaron al Austria, la cual por el contrario concibió mayor despecho é inquietud por el misterio que con ella se había usado. Había adivinado sin que se lo dijesen que las provincias del Danubio eran el precio con que había pagado Napoleón en Erfurt la alianza rusa, lo cual no podía inspirarle sentimientos pacíficos. Finalmente, la campaña que Napoleón acababa de hacer en la Península, lejos de entibiar su ardor, lo había avivado. Cierto era que había batido los ejércitos españoles, lo que no era maravilla habiendo opuesto sus mejores ejércitos á unos paisanos indisciplinados; pero aquellos paisanos, dispersos más bien que vencidos, no habían quedado por cierto domeñados. Por lo tocante á los ingleses, también sin destruirlos los había forzado Napoleón á ponerse en cobro en la mar, y si la capitulación de Bailén amenguaba el prestigio de la Francia, no era menos desdoro para ésta en la actualidad la débil persecución de los ingleses por el mariscal Soult. Eran los ingleses objeto de exagerado encomio, y repetíase en Viena con tanta satisfacción como pudiera hacerse en Londres que por fin los franceses habían encontrado en el continente un ejército capaz de hacerles frente. A las razones de esta especie que se daban en Viena para infundirse aliento se agregaban otras de igual influencia: tal era el espíritu general de la Alemania exasperada contra los franceses, que, no contentos con haberla vencido y humillado tantas veces, la estaban ocupando y consumiendo tanto tiempo hacía. Por otra parte no era de extrañar el extraordinario enojo que producía la presencia de nuestras tropas en los países vencidos, agregado á los amargos recuerdos de los últimos años. El acto odioso de Bayona y las resistencias suscitadas en España habían causado indignación y hecho vislumbrar esperanzas en Alemania y en el Austria á un mismo tiempo. No creían bastante detestar aquella perfidia que había resultado infecunda, sino que la despreciaban con indignación, y era menester, decían, que se vengase de ella la Europa. La Prusia, privada de su rey, que desde la rota de Jena vivía obscurecido en Kœnigsberg sin atreverse á comparecer ante sus súbditos, á quienes no podía anunciar nada más sino que tenían que pagar todavía ciento veinte millones de contribución, estaba pronta á insurreccionarse en masa, tomando las armas todos desde el magnate hasta el humilde labriego, y desde Kœnigsberg hasta Magdeburgo. Los franceses por su retirada, que se miraba no como el fiel cumplimiento de un tratado sino como consecuencia de sus reveses en España, eran objeto de un desprecio tan injusto como imprudente. Los últimos destacamentos de nuestras tropas procedentes de las plazas del Óder, que iban escoltando nuestros almacenes que debían reunirse en Magdeburgo, recibieron en todas partes insultos y fueron apedreados al atravesar las poblaciones. Apenas se atrevían

los franceses á hacerse ver en Berlín, al paso que un cabecilla llamado el mayor Schill, que en 1807 había molestado á los sitiadores de Dantzig con sus actos de pillaje, era recibido y festejado con el mayor entusiasmo, como si un miserable partidario pudiese arrancarle á Napoleón la Alemania de entre las manos.

Los países aliados de la Francia no demostraban mejores disposiciones. En Sajonia, á pesar de que habíamos restituído á la familia reinante la Polonia y un título real, se decía que el rey vendía por su interés personal la causa de la Alemania y agobiaba á sus súbditos con impuestos y levas, porque la conscripción era ya una plaga europea que todos imputaban á Napoleón. En Westfalia reinaba el mayor encono contra el joven príncipe de la casa de Bonaparte, que había substituído á la antigua dinastía de Hesse, y el cual más aún por sus espléndidos trenes que por su ciencia de gobierno formaba singular contraste con aquella familia, en todos tiempos muy avara. En Baviera, en Wurtemberg y en el país de Baden, cuyos príncipes habían obtenido engrandecimientos considerables en títulos y territorios, que pagaban los pueblos en alojamientos de tropas, alistamientos y contribuciones, eran paladinas las murmuraciones contra esos soberanos que sacrificaban su país á su ambición personal. En todos esos países había el instinto de la independencia despertado el amor á la libertad, y se hablaba ya de emanciparse de unos príncipes que no sabían substraerse al yugo de Napoleón. Algunos de ánimo más resuelto y pasiones más vehementes se reunían ya en juntas secretas, proponiéndose libertar á Europa de su tirano y acabar con los gobiernos absolutos en todas las naciones; y hasta empezaba á manifestarse un fenómeno todavía más alarmante, porque ciertos fanáticos, arrebatados por aquella general fermentación, cobijaban secretamente, como veremos en breve, el horrible designio de asesinar á Napoleón, representado á los ojos de todos por la admiración y la rabia del mundo como causa única de los padecimientos del siglo.

En el Tirol, donde aún duraba cierta adhesión tradicional á la casa de Austria, se soportaba con impaciencia el yugo de la Baviera. Esta inquietud era manifiesta, reuníase la gente en las casas de los hosteleros, que son en aquellas montañas los personajes principales lo mismo que en Suiza, y allí iba germinando y disponiéndose una insurrección general para cuando se rompiesen las primeras hostilidades. Los numerosos emisarios que iban diariamente á llevar á Viena la noticia de sus determinaciones lo hacían sin recatarse siquiera de las autoridades bávaras, harto débiles para hacerse respetar. Cierto que estos hechos tan sólo revelaban la predisposición de los diversos pueblos alemanes á la insurrección: muchos actos de opresión tenían que sufrir aún, y muchas derrotas los franceses, antes de atreverse á volver las armas contra el nuevo Atila; pero era indudable que si el Austria alzaba su estandarte y lograba el primer triunfo, el levantamiento podía en breve hacerse general en Alemania, cediendo nuestros mismos aliados á una completa defección.

Estos hechos, transmitidos á Viena y allí naturalmente abultados, pusieron el colmo á la exaltación. Decíanse unos á otros que ya era llegado el tiempo de sacudir la inacción y de no desperdiciar las buenas ocasiones, como se había hecho en 1807; que si se malograba la que ofrecía la insurrección española, no volvería á presentarse otra; que la coyuntura era tanto más favorable por cuanto Napoleón no tenía entre todas las tropas diseminadas desde el Báltico hasta el Danubio superior arriba de ochenta mil hombres (lo cual era muy inexacto); que la misma Italia había quedado desguarnecida para enviar tropas á Cataluña; que la conscripción se llevaba á cabo con dificultad suma; por último que el tirano de la Europa lo era también de la Francia, puesto que se veía precisado para contener á sus conciudadanos, convertidos primero en súbditos y después en esclavos, á castigar aun á sus más sumisos servidores (con lo que se aludía á Mr. de Talleyrand y á Mr. Fouché, cuyo favor se suponía perdido). Añadíase que Napoleón no tendría con qué reemplazar las tropas veteranas que había enviado allende el Pirineo, que le sorprenderían desprevenido, que á la primera señal los Estados alemanes se declararían, los aliados separados de él, los enemigos levantados en armas con entusiasmo; que la Prusia pondría en movimiento hasta sus últimos pobladores; que el mismo emperador Alejandro, comprometido á seguir una política que la nación rusa reprobaba, abandonaría al primer revés una alianza que sólo había adoptado por ser poderosa, pero no por serle grata; que era menester en suma dar la señal, que una vez dada, el mundo entero se uniría á ella y vendría á ser la autora de la liberación universal.

A estas plausibles razones agregábanse para infundir aliento otras menos fundadas. Suponíase que no sólo para recobrar la perdida dignidad sino hasta para escapar con vida, era indispensable obrar cuanto antes, porque estaba resuelta la ruina de la casa de Augsburgo después de la de la casa de Borbón. Decían que el emperador de los franceses quería derrocar todas las dinastías antiguas y colocar en los tronos de Europa dinastías creadas por él; y repetíase con singular empeño una amenaza insignificante que á las puertas de Madrid había dirigido Napoleón á los españoles, queriendo con cierta afectación hacerles desear el regreso de su hermano José y diciéndoles: «Si no le queréis por rey, no trato de traérosle por fuerza, pues otro trono tengo para dársele; pero os trataré como á pueblo conquistado.» Había sido aquella una mera amenaza pasajera, sugerida por las circunstancias del momento para producir la intimidación; que si en realidad pensaba Napoleón al proferirla en algún trono que no fuese el de España, sólo podía ser en el de Nápoles, que José mismo le había vuelto á pedir con las mayores instancias y del que aún no había tomado posesión Murat por estar enfermo. Pero la aristocracia de Viena se había empeñado en que ese trono era el de Austria; por lo cual creía que de no perecer con ignominia sometiéndose, debía irremisiblemente arrojarse á perecer con gloria, defendiéndose sin renunciar á las probabilidades de libertarse. Creían no tener otra alternativa, y que era necesario resolverse inmediatamente. En suma, ofrecía Viena en 1809 el mismo aspecto que ofrecía Berlín en 1806.

Al naciente impulso de tantos resentimientos acumulados se juntaba otro que procedía de los mismos armamentos, tan activados desde fines del año 1808 que era absolutamente indispensable utilizarlos ó re-

nunciar á ellos. El Austria, después de sus reveses, había tratado, como era natural, de investigar sus causas para poner remedio: con este objeto confió el ministerio de la Guerra al archiduque Alberto, encargándole de la reorganización del ejército austriaco, de modo que á la primera ocasión favorable pudiera renovarse la lid con la Francia con más probabilidades de buen éxito. Dedicóse seriamente este príncipe á cumplir su encargo, y desde luego aumentó los cuadros, completando los terceros batallones de cada regimiento, y poniéndolos en aptitud para llegar á ser batallones de guerra. Ideó en seguida una especie de milicia llamada *Landwehr,* imitación de nuestra guardia nacional, que se componía de la nobleza y del pueblo, sirviendo aquélla de cuadro á éste y llamada á reunirse en ciertos puntos determinados para formar cuerpos de reserva. Instruíase esta especie de milicia con actividad suma, y los domingos los jóvenes de todas clases, con uniforme y bigote, y afectando el aire militar que Napoleón hacía tomar á toda Europa, maniobraban en las poblaciones de toda el Austria bajo la dirección de los nobles retirados por su edad del ejército, pero dispuestos á volver á él para servir á una dinastía á la cual eran adictos. Los extranjeros que habían conocido en otro tiempo al Austria tan pacífica y enemiga de la guerra, apenas acertaban ahora á reconocerla viéndola tan agitada y belicosa. Acababa de celebrarse la dieta de Hungría, á la cual se había pedido lo que se designaba con el nombre de insurrección, que era una especie de alistamiento en masa, compuesto principalmente de caballería é independiente de los regimientos regulares que se forman con soldados húngaros; la dieta había votado arbitrando además fondos extraordinarios para ocurrir al gasto, de manera que ya no se trataba de disimular los preparativos, antes bien se activaban públicamente como para una guerra que hubiese de estallar á la primavera, es decir, de allí á dos ó tres meses. Contábase con unos trescientos mil hombres de tropas activas que el archiduque Carlos había tardado tres años en organizar, con doscientos mil hombres de tropas de reserva, en que se comprendía todo lo más aguerrido de la landwehr, y por último, con la fuerza de la insurrección húngara que no era posible evaluar. Habían empezado á reunirse los regimientos en Carintia, en el Austria superior y en la Bohemia para proceder á la formación de los cuerpos de ejército. Hacían tirar la artillería y pasar en medio del día por las calles de Viena precediéndola ó siguiéndola los regimientos de infantería entre las aclamaciones del pueblo de la capital. Ejecutábanse obras de consideración en tres plazas que debían entrar en el plan de operaciones, y eran: la de Ems en la confluencia del Danubio y del Ems, con un puente en Mauthausen para defender á Viena de una invasión procedente de la Baviera; la de Bruck sobre el Muhr, para defenderla contra una invasión dirigida desde Italia; por último, la de Comorn, como una gran plaza de depósito para el caso de una retirada á Hungría, indicando con esto que se trataba de una guerra á muerte, sin dar la lid por concluída aun cuando se perdiese Viena. Armábase esta ciudad públicamente y todas sus fortificaciones se iban artillando.

El lenguaje adoptado para explicar una conducta semejante en plena paz era que la destrucción de la casa de España presagiaba una próxima tentativa contra la casa de Austria; que por lo tanto era preciso estar apercibidos para el mes de marzo ó de abril; que era infalible la embestida del enemigo, y que con esta seguridad, lejos de dejarse sorprender, era preciso anticiparse á sus pérfidas maniobras; que no conducía á nada ser ó no el primero que disparase el primer cañonazo, puesto que el verdadero agresor sería siempre á los ojos de los hombres de bien el autor del atentado de Bayona. El menudo pueblo creía todo esto con el mayor candor; la corte lo creía á medias, ó nada absolutamente, á pesar de que la había seriamente alarmado la triste suerte de los Borbones; estaba resentida por los descalabros sufridos, y después de haber perdido la ocasión de la guerra de Polonia temía malograr la de la guerra de España. Toda la nobleza era de la misma opinión, movida á impulso de justos resentimientos nacionales y de las bastardas pasiones de la aristocracia alemana. Por otra parte los numerosos agentes de la Inglaterra, oficiosamente introducidos en Viena, la estimulaban lo mejor que podían. No eran los archiduques los menos activos en esta especie de cruzada, exceptuando sin embargo al principal y más responsable de todos ellos que era el archiduque Carlos, el cual, destinado á mandar en jefe, temía, si á las balas, pues no había soldado más valiente que él, no el volverse á encontrar frente á frente con el vencedor del Tagliamento jugando contra él la suerte de la monarquía austriaca. Según su costumbre, preparaba este príncipe la guerra sin desearla, y para estimular su coraje le motejaban con el título de *príncipe de la Paz,* tomado de los sucesos de España. El emperador Francisco, siempre sesudo, pero poco enérgico, se dejaba llevar por el torrente general que censuraba, contentándose con lanzar algunos dichos satíricos contra los yerros de que él era causa, especialmente cuando eran obra de sus hermanos. Casado recientemente, después de viudo, con una princesa de la casa de Módena, que era la más imbuída en las preocupaciones de los austriacos, tenía la ventaja, cómoda para su debilidad, de que su familia estuviese enteramente de acuerdo con la tendencia que le dominaba, de manera que todos sus deudos, excepto él mismo, aprobaban el partido que iba á prevalecer; que era todo lo que necesitaba para su tranquilidad.

De este modo, ocupados sin descanso en armar gente, discutir y estimularse unos á otros durante los últimos meses, los príncipes y señores que gobernaban al Austria habían llegado á ponerse en un pie de hostilidad declarada, al punto de tener absolutamente que tomar una resolución: además el súbito regreso de Napoleón á París, la proclama dirigida á los príncipes de la Confederación del Rhin y el movimiento de tropas francesas hacia el alto Palatinado y la Baviera daban á entender que la Francia misma se estaba disponiendo á la guerra en que se esperaba sorprenderla. De este modo, queriendo precaverse contra un peligro que no existía, se había suscitado el verdadero peligro. Hubiera podido sin duda alguna explicarse el Austria con Napoleón, y hubiérale ofrecido medio de hacerlo la oferta de garantía hecha en París por la diplomacia rusa y francesa; pero este género de desenlace era ya ineficaz, porque después del abrazo de Tilsit se había empleado para salir de un mal paso parecido. Era ya difícil volver á

esquivar un compromiso semejante con otro simulacro de reconciliación; había que tomar resueltamente el partido de la guerra, ó bien el desarme inmediato, porque además de que no podían ya encontrarse explicaciones especiosas para preparativos tan adelantados, era de todo punto imposible soportar su coste. Pero también era imposible desmentirse á la faz de la Alemania y de la Inglaterra, y presentarse como gozando de una completa tranquilidad después de haber mostrado tanta alarma, abandonar á los españoles, calificados á boca llena de héroes, y perder por segunda vez lo que se había convenido llamar la más excelente ocasión. Era preciso vencer ó morir con las armas en la mano, fuera de que el Austria se jactaba de tener en su favor muchos elementos, cuales eran el ejército austriaco reorganizado y más floreciente que nunca; la Alemania exageraba haciendo ardientes votos, y dispuesta á pasar al primer triunfo de sus votos á la más activa cooperación, la Inglaterra ofreciendo sus subsidios, la Rusia fluctuante, la Francia empezando ya á mirar las cosas como todo el resto de la Europa, y resuelta á prestar ya menos apoyo al conquistador que la esquilmaba para asolar al mundo; y el ejército francés por último diseminado desde el Óder al Tajo, desde las montañas de Bohemia á las de Sierra Morena, diezmado por diez y ocho años de guerras incesantes, y débilmente sostenido con reclutas violentamente arrancados del seno de sus desesperadas familias no bien llegaban á la adolescencia. Al influjo de estas varias razones, vióse el Austria, cuando menos lo pensaba, arrastrada por el sentimiento general, y se decidió á declarar la guerra. Mandáronse al punto reunir cinco cuerpos de ejército en Bohemia, dos en el Austria superior, dos en Carintia y uno en Galitzia, confiando el cargo de generalísimo de todos ellos al archiduque Carlos, y los esfuerzos de la diplomacia se unieron á los de la administración militar para emplear como un medio de guerra más el de las alianzas.

Renováronse con la Inglaterra relaciones sólo simuladamente interrumpidas; aceptáronse los subsidios que ofrecía á manos llenas, y continuó la obra ya comenzada de reconciliación con los turcos. Ideóse por último hacer una tentativa con el emperador Alejandro para decidirle á abrazar lo que se suponía ser á la sazón interés común de toda Europa y propio interés bien entendido. La diplomacia austriaca tenía mucho en qué entender en Constantinopla, alejar á los turcos de la Francia, aproximarlos á la Inglaterra, irlos disponiendo á echarse sobre la Rusia si ésta seguía procediendo con Napoleón de consuno, ó á dejarla en paz si rompía con él, de modo que sólo hubiese de luchar con el enemigo común de la Europa, era una política muy bien calculada y que merecía seguirse con actividad. Por lo demás, las revoluciones continuas de la corte de Turquía favorecían todas las intrigas exteriores. Desde la caída del sultán Selim el serrallo se había ensangrentado con nuevas catástrofes, dando á la Turquía el aspecto de un imperio que empezaba á desmoronarse en medio de convulsiones interiores. El famoso bajá de Rutschuk, Mustafá Baraictar, ya fuese, como se suponía, por devoción á su soberano Selim, ya por el resentimiento de que una facción fanática de genízaros y ulemas hubiese dispuesto del cetro sin oir su consejo, se puso sobre Andrinópolis al frente de un ejército consagrado á su causa. Desde allí presumió gobernar el imperio, puesto que todos los bajás le enviaron diputaciones ó fueron en persona á verle para informarse de su intención, y el mismo nuevo sultán Mustafá envió legados á su campo, como poniéndose á su discreción. De este modo, so pretexto de conferenciar acerca de la suerte del imperio, Mustafá Baraictar empezó á disponer de él. Fué de allí á poco á campar bajo los muros de Constantinopla, y por último avanzó un día al serrallo con intención de restablecer en el trono á Selim, que vivía encerrado con sus mujeres, custodiado por eunucos; pero en el momento de ir á realizar su proyecto, arrojaron á sus pies la cabeza de su malhadado soberano, príncipe que en mucho tiempo no había tenido igual en Constantinopla. Para vengar la muerte de Selim, destronó Baraictar á Mustafá después de un brevísimo reinado, y á falta de otro, echó mano del mismo hermano del destronado, Mahmud, que tenía sólo veinticuatro años, no del todo falto de buenas dotes, y aficionado á la civilización europea desde su trato con Selim cuando vivía prisionero. Verificada que fué esta revolución, gobernó Mustafá Baraictar el imperio por algunos meses, con autoridad omnímoda, en nombre del sultán mancebo; mas puso término á este despotismo otra sedición de genízaros, añadiendo otras catástrofes á los pasados horrores. Baraictar, sorprendido por los sediciosos antes de poderse guarecer en el serrallo, se metió en un subterráneo de su palacio, entregado á las llamas, y allí pereció sepultado entre escombros y cenizas.

Mahmud, que reunía á su talento cierta osadía y alguna astucia, había tenido parte en la última sedición. Libre ya de aquel déspota insolente, trató de gobernar por sí su decadente imperio, y en esto se estaba ocupando en el momento mismo en que el Austria y la Francia iban á medir de nuevo sus fuerzas en las márgenes del Danubio. Importaba mucho al Austria, como dejamos dicho, atraer á los turcos para disponer de ellos á su placer, porque de este modo podría ó abrumar con un enemigo más á los rusos si continuaban éstos aliados de la Francia, ó bien desembarazarlos de aquel enemigo molesto si accedían á abrazar la causa que se decía europea.

La cosa era muy hacedera desde la nueva posición de la Francia con respecto á los turcos. Mientras estuviese unida con la Rusia, érale, en efecto, imposible poseer la confianza de los otomanos. Para colorar el cambio ocurrido después de la paz de Tilsit, alegó primeramente como disculpa la caída de su excelente amigo Selim; á la que respondió el sultán Mustafá que ese cambio no debía alterar en lo más mínimo la cordialidad de la Francia, de quien seguía siendo la Puerta apasionada amiga. Replicó entonces Napoleón, que siendo esto así iba á procurar establecer una paz ventajosa entre los rusos y los turcos, pero que no se había atrevido á hablar de las condiciones. Insistieron los rusos, antes y después de la entrevista de Erfurt, en que se acabase de una vez el negocio de la Turquía, exigiendo á ésta la cesión de las provincias del Danubio; los turcos por su parte se quejaban á la Francia de que no les proporcionaba la paz prometida; y Napoleón entretanto, acudiendo desalado de Bayona á París, de París á Erfurt, de Erfurt á Madrid, para entretener á unos y á